

Miro los ojos de esplendor divino,
 Que en lágrimas se inundan amorosas,
 La trenza ondulosa deslazada al viento,
 Suelta la veste cándida, y escucho
 La conocida voz, las dulces quejas,
 Que serenar el impetu espantoso
 Pueden del mar en tempestad oscura.
 Tiemblo, y en vano la funesta imágen
 Quiero de mí apartar. Ya me parece
 Que con halagos de pasión nacidos
 La linda Isaura mi partida estorba;
 Ya, que indignada á su amador acusa
 De ingrato y desleal; ya, que rendida
 A su aflicción, la voz y el llanto cesan...
 Yo, misero! ciñendo el cuello hermoso,
 Y á su labio tal vez uniendo el mío,
 Juro á los Cielos que primero falte
 Mi aliento débil, que en ajenos brazos
 Llegue á mirarla, que la pierda y viva,
 Antes que olvide mi pasión primera.
 Mas ya se acerca el trance aborrecido:
 Late oprimido el corazón... Entonces
 Al violento pesar de mí se aparta
 Leve la imágen de la muerte triste,
 Mas que la muerte inexorable y dura.

Vénus, hija del mar, diosa de Gnido,
 Y tú, ciego rapaz, que revolante
 Sigues el carro de tu madre hermosa,
 La aljaba de marfil pendiente al lado;
 Si hay piedad en el Cielo, si el humilde
 Ruego de un infeliz no vos ofende,
 Oh! basten ya las padecidas penas.
 Vuelva yo á ver aquel agrado honesto,
 Aquel dulce reír, y la suave
 Voz de sirena escuche, y sus favores
 Gozando, tornen las alegres horas.
 Pero si acaso mi destino fuere
 Tan enemigo á la ventura mía,
 Que en larga ausencia padecer me

Alma Citéres, flechador Cupido,
 Tal rigor estorbad. Falte á mis ojos
 La luz pura del sol en noche eterna,
 Y del cuerpo mi espíritu desnudo,
 Fugaz descienda, en vana sombra y

A la morada de Pluton terrible.
 Inarco así, de la que adora ausente,
 A las Deidades del Olimpo sordas
 Demandaba piedad. Damon en tanto,
 Jóven pastor, que al valle reducía
 Pobre rebaño de manchadas cabras,
 Al pie de un olmo halló sobre la yerba
 Al amante zagal, apenas vivo.
 Le alzó del suelo con amiga mano,
 Razones, no escuchadas, repitiendo,
 Por si con ellas aliviar lograrse
 Su grave afán: piadoso le conduce
 A su rústico albergue, y vagaroso
 El fiel Melampo á su señor seguía.

LA SOMBRA DE NELSON.

..... Ite,
 Ferte citi flammis, date vela, impellite remos.
 VIRG. ÆNEID IV.

Cuando al estrago de naval pelea
 Cayó sin vida el adalid britano,
 Fiero terror del mar, la yerta cumbre,
 Del opulento Gerion sepulcro,
 Toda en las sombras de profunda no-

Arder se vió con pálidas centellas;
 Y á la dudosa lumbre, pavoroso
 Espectro apareció, de sangre y humo
 Y de mortal amarillez cubierto,
 La frente herida, y á sus plantas rota
 Naval corona y militares lauros.

Y en voz terrible, que el estruendo

Y el impetu calmar del espumoso
 Piélago hinchado en la tartesia orilla,
 «Llegó, dice, ¡ay de mí! llegó el te-

Instante que los Cielos señalaron
 En su furor contra mi patria. ¡Oh,

Tanto la suerte amiga sublimara
 Tu gloria y tu poder para que fueras
 Ejemplo al mundo en la fatal ruina,
 Que ya cercana, inevitable miro,
 Ambiciosa Albion! Vive, y el trono
 Ocupa que afirmó de Clodoveo
 El gran caudillo, cuyo nombre adoran

El Sena y el Tesin precipitado,
 Y dos coronas á su frente ciñe.
 Vive, y sus armas vencen, y al sonido
 De sus trompetas vuelan fugitivas
 Las águilas augustas. Inflamada
 En belicoso ardor la fuerte Hesperia,
 Une á las rojas cruces de Pelayo
 El blason imperial, que en sus pen-

Tiende el francés al aire. ¡Poderosa
 Union, que tanto aborreciste y temes!
 «Tronó el cañon, y huyendo de las
 Corvas, al mar se entregan animosos:
 Entre enemigos vientos, niebla oscura,
 Hórrida tempestad.... Yo ví el san-

Choque, el incendio y la comun ruina:
 Yo de tus armas el honor temido
 Sostuve en tanto que á la suerte plugo:
 Supe en los tuyos escitar crueles
 Alientos, supe acometer terrible,
 Y lidiar y morir. Mas ya en las grutas
 Cóncavas suena del peñasco enorme,
 Gloria de Alcides, funeral lamento,
 Debido á tanto horror. Las crespas on-

Sacan bramando á la desierta orilla
 Los que el furor de sus voraces mons-
 No deformó, cadáveres desnudos,
 Las que no oculta su profundo centro,
 Naves soberbias, que á merced lleva-

Del huracan, contra su muro embisten.
 ¡Oh Calpe! tú, que de esperanzas llena
 Hoy meditabas aclamar festiva
 El triunfo y dar coronas á mi frente,
 Cubre la tuya de ciprés funesto,
 Y mi cuerpo insepulto, destrozado,
 Vuelve á la patria; y para siempre

Que es justo su dolor... No en esta sola
 Víctima, no, los hados enemigos
 A nuestra gente su rigor limitan:
 Mayor desolacion y estragos piden,
 Que al pie del solio del Ibero Augusto

Próvido asiste de la guerra el númen:
 La espada y el tridente húmido em-

Y la tierra y el mar de numerosas
 Huestes se cubre, y de nadantes pinos
 Al eco de su voz... Cede á la eterna
 Ley, Anglia altiva, que en diamante
 Grabó el destino. Los imperios mue-

Su esplendor se oscurece, la fortuna
 Que los engrandeció los abandona,
 Y aun la memoria de su nombre acaba.
 Si es dado al tuyo que su fin dilate,
 No el ceño irrites del leon, que ruga
 En su caverna, y de temor desnudo
 Lame las garras con tu sangre tintas.
 «Divide y vencerás. Enciende el

De la discordia, y sientan las naciones
 Del oro corruptor, que los delitos
 Compra, el poder irresistible. Cerque
 Los tronos altos sedición traidora,
 Y en ellos tiembren los que adora el

Rencores, tu amistad; tu paz, oculta
 Guerra ha de ser; esclavitud y afrenta
 El favor que los débiles te pidan.
 Ni guardes fe, ni los jurados pactos
 Cumplas: invade, usurpa...» Dijo: y

Voz sonando en el puerto de Mnesteo,
 A los Cielos clamó: ¡Guerra y venganza!

— Venganza! repitió desde sus muros
 De bronce armados, Cádiz Eritrea,
 Y el Espartario golfo, y la fragosa
 Cumbre que cierra el seno brigantino
 Clamó: Venganza!... Al gran rumor

El ánima feroz, gimiendo rompe
 La vestidura fúnebre, y abierto
 En ancha boca el monte hasta el pro-

Abismo, en él se precipita airada.
 Carlos, la tierra que á tu pie su hu-
 Pide venganza. Cumple los deseos

De los que imploran tu favor, y espe-
[ran
En nuevas lides, combatiendo auda-
[ces,
Castigar al soberbio que tu nombre
No reverencie y tu poder insulte...
Arma su diestra, y te darán victorias.

AL NACIMIENTO DE LA ACTUAL CON-
DESA DE CHINGHON.

¿Qué voz, hiriendo la region vacía,
Turba el silencio de las selvas, donde
Vivo feliz las fugitivas horas
Que al culto de las Musas, al reposo
Dedico y al placer? La fama es esta:
Sí, la conozco. Rápida girando
Dilata al aire las doradas plumas,
Suelto el cabello que su frente adorna,
Desceñida la túnica celeste.
Ya el son escucho de la trompa de oro,
Y absorta al gran rumor calla al tierra.
¡Qué grato anuncio el suyo! Salve,
[hermosa

Prole Real, que del Olimpo al mundo,
Signo de paz el Hacedor envia.
¡Dos lustros de furor, en llama ar-
[diendo

Populosas ciudades, devastada
La verde pompa de Pomona y Céres,
Teñido en sangre el mar, rotas dia-
[demas,

Trastornados imperios!... Ya la stirpe
Humana advierte, de lidiar rendida,
Que es tiempo cese el funeral estrago.
Ya el dulce nombre de la paz invoca:
La espera, y naces tú. Si alguna inflama
Pura centella del saber divino
A la mente mortal; si en el futuro
Girar del tiempo investigar es dado,
¡Cuantas debe gozar la patria un dia
Mercedes altas de la mano eterna,
Si, ya depuesto el que vibró indignada
Rayo fulminador, de su inefable
Suma bondad el don primero es este!
¡Oh Musas! adornad de nuevas flo-
[res

La móvil cuna, y al rumor suave

Que al aire esparcen las heridas cuer-
[das
Descanse en oro y púrpura la dulce
Prenda de vuestro númen generoso.
Grato sueño inspiradla al blando ar-
[rull
De acorde voz, sombra la cerque os
[cura

Reine muda quietud, ni el viento
[muev

Fugaz sus alas, ni retumbe el río.
Viva; y en torno de ella los amores,
Las gracias puras, la inocente risa,
La virtud y el placer unidos duren.
Y al estrecharla en cariñosos nudos
La ilustre madre, repetida admire
Su imagen celestial. Vos entre tanto,
Ninfas del Pindo, á cuyo acento solo
Dado es cantar los Dioses de la tierra.
Para el instante en que vigor robust
Creciendo en ella su razon se forme
La voz, la lira prevenid y el verso.

Sepa entonces la stirpe generosa
Que el origen la dió. Verá empuñando
En larga edad el cetro de Castilla
A los que ya de estrellas se coronan
Abuelos suyos; sostenido el trono
Por la justicia y el valor; vengada
Con triunfos mil la afrenta de Pelayo,
Y el Salado y Genil correr sangrientos;
Africa absorta, esclava; osadas proas
Al ignorado imperio de Occidente
Culto y leyes llevar. Verá el terrible
Poder del Asia que en Lepanto espira,
Y la victoria oscurecer de Augusto;
Del hondo Betis á los campos fríos
Que al mar usurpa el Belga, del nevoño
Apenino á las bárbaras riberas
Que inunda el Marañon, la gente his-
[pana

Tremolar sus pendones vencedora.
Tales memorias á imitar la esciten
Altos ejemplos de virtud, y en torno
Mire admirada en mármoles y bronce
La gloria de Borbon, á quien el Cielo
Quiso el dominio conceder del mundo:
Filipo, que las cumbres de Pirene

asó animoso, á merecer lidiando
El reino que heredó, y uniendo apenas
El blason español los lirios de oro,
Pone de su frente la corona.
Fuerte infeliz le estorba que en suave
Quietud repose, y otra vez ocupa
El solio, y otra vez reina venciendo
Cernando, á quien las artes reverentes
Dan guirnalda de amoroso mirto
De olivas pacíficas; y el claro
Acesor suyo de una y otra Hesperia
Dueño temido, soberano y padre.
Ya el Cielo habita, y ya con él per-

[mite
Cárlos que en urna breve los despojos
Tambien descansan de su digno her-
[mano,
Dando piadoso á su memoria ilustre
Cárdano honor funeral: que tanto pudo
Imperiosa opinion, y así condena
Los errores de amor, si amar es culpa.
Y vos, Príncipe escelso, á quien co-

[rona
De gloria no mortal la amiga mano
De Cárlos mi señor; si el peso un dia
Del áureo cetro moderar supisteis,
Y humillado á sus pies regir su impe-

[rio,
Ved ya del zelo y el afan constante
La adquirida merced, y cuanta anun-
[cian
Próspera suerte, en su natal felice,
A vuestra sucesion esclarecida
De España el númen tutelar, y aquella
Que divide con el tálamo y trono
Suprema augusta. Así la edad remota
Verá, con nuevos timbres sublimado,
El nombre vuestro penetrar la oscura
Sombra de olvido, y á pesar del curso
De los años veloz, durar eterno.

SILVA A D. FRANCISCO GOYA, INSIGNE
PINTOR.

Quise aspirar á la segunda vida,
Que agradecido el mundo
Al eminente mérito reserva,

De pocos adquirida
Entre los que siguieron
La inspiracion de Apolo y de Minerva.
Vanos mis votos fueron,
Vano el estudio, y siempre deseada
La perfeccion, siempre la ví distante.
Mas la amistad sagrada
Quiso dar premio á mi teson constante,
Y á tí, sublime artifice, destina
A ilustrar mi memoria,
Dándola duracion en tus pinceles,
Émulos de la fama y de la historia.
A tanto la divina
Arte que sabes poderosa alcanza,
A la muerte quitándola trofeos.
Si en dudosa esperanza
Culpé de temerarios mis deseos,
Tú me los cumples, y en la edad futu-

[ra,
Al mirar de tu mano los primores
Y en ellos mi semblante,
Voz sonará que al Cielo te levante
Con debidos honores,
Venciendo de los años el desvío,
Y asociando á tu gloria el nombre mio.

ELEGÍA A LAS MUSAS.

Esta corona, adorno de mi frente,
Esta sonante lira y flautas de oro
Y máscaras alegres, que algun dia
Me disteis, sacras Musas, de mis manos
Trémulas recibid, y el canto acabe,
Que fuera osado intento repetirle.
He visto ya como la edad ligera,
Apresurando á no volver las horas,
Robó con ellas su vigor al númen.
Sé que negais vuestro favor divino
A la cansada senectud, y en vano
Fuera implorarle; pero en tanto, bellas
Ninfas, del verde Pindo habitadoras,
No me negueis que os agradezca hu-
[milde
Los bienes que os debí. Si pude un dia,
No indigno sucesor de nombre ilustre,
Dilatarle famoso, á vos fue dado
Llevar al fin mi atrevimiento. Solo

Pudo bastar vuestro amoroso anhelo
 A prestarme constancia en los afaes
 Que turbaron mi paz, cuando inso-
 [lente,
 Vano saber, enconos y venganzas,
 Codicia y ambicion, la patria mia
 Abandonaron á civil discordia.

Yo ví del polvo levantarse audaces
 A dominar y perecer, tiranos:
 Atropellarse efimeras las leyes,
 Y llamarse virtudes los delitos.

Ví las fraternas armas nuestros muros
 Bañar en sangre nuestra, combatirse,
 Vencido y vencedor, hijos de España,
 Y el trono desplomándose al vendido
 Impetu popular. De las arenas
 Que el mar sacude en la fenicia Gades,
 A las que el Tajo lusitano envuelve
 En oro y conchas, uno y otro imperio,
 Iras, desórden esparciendo y luto,
 Comunicarse el funeral estrago.

Así cuando en Sicilia el Etna ronco
 Revienta incendios, su bifronte cima
 Cubre el Vesubio en humo denso y
 [llamas,
 Turba el Averno sus calladas ondas;
 Y allá del Tibre en la ribera etrusca
 Se estremece la cúpula soberbia,
 Que al Vicario de Cristo da sepulcro.

¿ Quien pudo en tanto horror mover
 [el plectro?
 ¿ Quien dar al verso acordes armonías,
 Oyendo resonar grito de muerte?
 Tronó la tempestad: bramó iracundo
 El huracan, y arrebató á los campos
 Sus frutos, su matiz; la rica pompa
 Destrozó de los árboles sombríos:
 Todas huyeron tímidas las aves
 Del blando nido, en el espanto mudas;
 No mas trinos de amor. Así agitaron
 Los tardos años mi existencia, y pudo
 Solo en región estraña el oprimido
 Animo hallar dulce descanso y vida.

Breve será, que ya la tumba aguarda
 Y sus mármoles abre á recibirme;
 Ya los voy á ocupar... Si no es eterno
 El rigor de los hados, y reservan
 A mi patria infeliz mayor ventura,
 Dénsela presto, y mi postrer suspiro
 Será por ella... Prevenid en tanto
 Flébiles tonos, enlazad coronas
 De ciprés funeral, Musas celestes;
 Y donde á las del mar sus aguas mez-
 [cla
 El Garona opulento, en silencioso
 Bosque de lauros y menudos mirtos,
 Ocultad entre flores mis cenizas.



